

## Capítulo 8: Una verdad entre líneas

4 de agosto de 1945.  
Faltaban solo dos días.

Kyo lo sabía. Cada sonido, cada olor, cada paso en Hiroshima lo absorbía como si no fuera a vivirlo dos veces.  
Y probablemente no lo haría.

Ese día el cielo estaba cubierto. Aoi no fue al hospital, tenía que visitar el templo donde descansaban las cenizas de sus padres.  
Le ofreció a Kyo que la acompañara. Él aceptó sin dudarlo.

El templo estaba en una colina, rodeado de árboles viejos. No había nadie más. Solo ellos y el sonido suave del viento.

—Mis padres murieron cuando tenía diez años —dijo Aoi, encendiendo el incienso frente al pequeño altar—. Fue en un bombardeo en Tokio... recuerdo que hicieron hasta lo imposible para salvarme de ese momento.

Kyo no respondió. No quería llenar el silencio con palabras vacías.  
Ella cerró los ojos por un momento. Luego, sin mirarlo, preguntó:

—¿Tú tienes a alguien esperando por ti?

Él bajó la mirada.

—No. Nadie que pueda alcanzar.

Ella giró el rostro hacia él. Lo observó con atención.

—¿Eres un fugitivo?

Kyo se rio con tristeza.

—No. O tal vez sí. Estoy escapando de algo... pero no sé si fue una elección, un destino o una mala jugada del tiempo.

Se quedaron en silencio. La brisa movía las hojas secas del suelo.

—Aoi... —empezó Kyo, y su voz tembló un poco—. Hay algo que no te he dicho.  
No soy exactamente quien crees. No vine aquí por casualidad. Busco algo... una forma de volver a donde pertenezco.

Ella lo miro con rareza.

—¿A Tokio?

Él negó con la cabeza, muy despacio.

—A otro tiempo.

Ella lo miró, esperando que se riera o que dijera que era una broma.

—¿Qué estás diciendo?

—Solo... imagina que alguien pudiera atravesar el tiempo. Y que llegara aquí, a este lugar, justo antes de que todo cambiara.

¿Qué harías con esa persona?

Aoi no respondió. Lo miraba con expresión extraña. No de miedo, sino de duda.

—¿A caso estas jugando? ¿Es por eso que te quedaste en mi casa? ¿Por eso me buscaste?

—No. Al principio sí, quizá. Necesitaba un lugar.

Pero ahora... si me quedo, es por ti.

Ella dio un paso atrás. No dolida, no molesta, pero sí desconcertada.

—¿Por mí?

—No voy a mentirte. Al principio todo era confuso. Pero ahora eres lo único que me da sentido aquí. No sé si puedas creerme. Ni siquiera sé si yo me creería, si estuviera en tu lugar.

Aoi bajó la mirada. Caminó hacia el borde del templo, donde podía verse la ciudad entera.

Hiroshima seguía igual. Hermosa. Viva.

Ignorante de su destino.

—No sé si te creo, Kyo —dijo ella al fin—. Pero tampoco quiero perder lo que hemos hecho. Lo que... somos ahora.

Él dio un paso hacia ella. No la tocó.

—Entonces no me preguntes más. Solo... déjame estar aquí contigo, mientras pueda.

Ella cerró los ojos. Luego giró y lo abrazó.

Por primera vez.

No como una amiga.

No como una anfitriona.

Sino como alguien que, aunque no entienda, elige creer un poco.

Y Kyo, al sentir ese abrazo, supo que lo perdería todo.